Paradigma

Jorge Rodriguez

Capítulo 1

El momento ha llegado. La noticia, cobraba vida.

El polvo difuminaba la vista. El ambiente era tenso, hostil, de juicio. La maldad de los hombres era característica, y hasta el más ingenuo notaba el odio impregnado en los ojos. No era el circo romano, no! Esta vez el camino al Gólgota era el escenario, en el cual, no eran las típicas fieras que esperaban con ansias a su presa; esta vez, tristemente, eran personas. ¿Personas? El odio y el rencor crepitaban el momento, y el deseo de muerte era inminente. El ruido de la multitud era insostenible; la espera... parecía eterna.

De pronto... sin peros, el ambiente se eleva. Los gritos de "Crucifíquenlo", "Blasfemo", "Muerte al traidor" son cada vez más notables. A lo lejos se distinguían soldados. Desde mi vista, poco a poco, percibía la silueta de una cruz, la cual era arrastrada por un hombre, esta vez, el condenado...

Sin justo juicio, ni sentencia, el condenado hace entrada en el circo. La expresión de su cuerpo sugería una doble sentencia. Sus pies, ensangrentados y temblorosos, hacían titubear en cada paso, y sus brazos cansados llevaban el pesado madero. Un espeso líquido corría por sus miembros. El sudor y la sangre formaban una viscosa película donde cada gota caída, trazaba el camino a seguir.

Mientras la camarilla avanzaba, la multitud se agolpaba cada vez más hasta que perdí visibilidad. Corrí desenfrenado hasta la otra calle, y entre empujones y forcejeos, logré estar a pocos metros de Él. No esperaba ese momento. Un dolor en el pecho se apoderó de mí. —¡Hipócritas! ¿No fuimos nosotros los que, días atrás, lo aclamábamos en Jerusalén? ¿No fuimos aquellos que préstamos oído a sus enseñanzas? ¿No fuiste tú, aquel ciego que recibió la vista? ¿O tú, aquel paralítico que camina gracias a Él?

El látigo penetrando su cuerpo irrumpió mis pensamientos. Sin fuerzas prácticamente, sus rodillas descendieron hasta tocar el suelo. Ha caído el Maestro, el Ilustre, el Rey. ¿Pero? ¿Cómo es posible? Evidentemente la duda se apodera de mí. —¿No fuiste Tú aquel que con un solo toque resucitaba un muerto? ¿O aquel que sanaba sin importar distancia, ni persona? ¿No eres Tú al que mar y viento obedecen? ¿Acaso la muerte tendrá poder sobre Ti? ¿Será que estos negligentes romanos tomarán tu cuerpo? ¿Cuál es tu objetivo? ¡Levántate y ponle fin a esto!—. Mis palabras caían al vacío mientras el espectáculo seguía adelante. El circo romano esta vez era un éxito. No cabía en mi mente semejante aberración, ni mi finito intelecto me era suficiente para entender lo que

estaba pasando.

Hace entrada al escenario otro personaje. Aunque el peso del madero fuera demasiado para él, Simón se hizo llamar, el que fue citado para ayudar al condenado. ¡La cruz sólo la podía llevar un hombre! Y era el que, a cuestas, se arrastraba por el suelo.